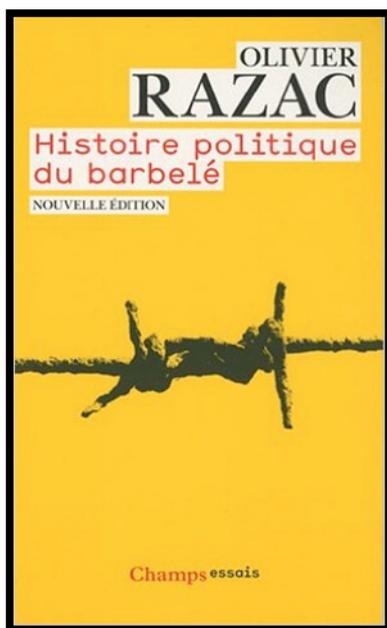


# Historia política del alambre de púas

**Oliver Razac**

París: Flammarion, 2009



Prefacio

**Alain Brossat<sup>1</sup>**

Julio de 2009

Traducción del francés al español  
de Luis Alfonso Palau Castaño<sup>2</sup>

Medellín, enero de 2016

<sup>1</sup> Filósofo, periodista y traductor. Profesor de Filosofía Contemporánea y Filosofía Política en la Universidad de París VIII, es autor de numerosos ensayos de crítica radical de la sociedad contemporánea, entre los que destacan «En el Este, la memoria recuperada» (VVAA, 1992), «Le Serviteur et son maître. Essai sur le sentiment plébéien» (2003), «La democracia inmunitaria» (2008 [2003]), «Le grand dégoût culturel» (2008) y «La resistencia infinita; ¿Quién mató a Walter Benjamin?» (2014).

<sup>2</sup> Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Diploma de Estudios Avanzados del Instituto de Historia de las Ciencias y de las Técnicas de París. Doctor en Historia y Filosofía de las Ciencias, Universidad París I, Panteón-Sorbona. Profesor titular en Historia de la Biología, jubilado de la Escuela de Estudios Filosóficos y Culturales, profesor emérito de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Correo electrónico: lapalau@une.net.co

En *la Mujer del retrato* (1944), Fritz Lang imagina la “doble vida” sulfurosa del profesor Wanley: una tarde, este respetable docente en Criminología se queda dormido en un sillón del club del que es miembro, y al que viene a beber un gúisqui en compañía de sus dos amigos íntimos, un médico y un procurador. Comienza entonces un largo sueño poblado de las fantasmagorías más inesperadas, al hilo de las cuales este notable –perfecta encarnación de la más serena de las normalidades– se inventa una vida de aventurero y de criminal; al salir de su club se encuentra con una joven cuyo retrato, en una vitrina cercana, le ha fascinado. Invitado a tomar un trago en casa de ella, él es violentamente atacado por un desconocido al que apuñala, en estado de legítima defensa... Tenemos pues al criminólogo, que se ha vuelto asesino, tratando desesperadamente de salvar su reputación deshaciéndose en la noche del cuerpo, en un bosque vecino; su vehículo estacionado apresuradamente a lo largo de un camino, carga el cadáver a sus espaldas y se aleja por el matorral; cuando va penosamente a desembarazarse de él lanzándolo en un soto, desgarrar la manga de su vestido y se corta el antebrazo con el alambre de púas de una cerca que la oscuridad le ha disimulado; la *marca del crimen* está ahí, las molestias pueden comenzar, implacablemente encadenadas a la violencia reprimida del deseo...

El uso que hace Lang en esta película de las potencias simbólicas del alambre de púas, al punto de elevarlo a la dignidad de emblema del crimen y del castigo prometido (así sea en sueños), muestra hasta qué punto este “dispositivo” (mucho más que un simple objeto, como lo muestra con fuerza Olivier Razac en este libro) de los más triviales, caracterizado por su sobriedad, su eficacia, su multifuncionalidad, ha hecho claramente mucho más que imponerse, a escala global, como un *medio útil* e incluso indispensable, en un poco más de un siglo. Se ha vuelto, para lo peor más que para lo mejor, el soporte y el envite de una verdadera *mitología*, portador de todas las potencias de su aura negativa, hasta encarnar la parte de lo *terrible* en la condición histórica a la que fuimos a parar en el siglo XX. La herida del profesor Wanley, cargada de todos los peligros de un fatal *envenenamiento* –como se lo han advertido sin malicia sus dos amigos– se presenta aquí con ese efecto de estilo indetectable que es la firma misma del genio del autor, como el detalle en el que se condensa la totalidad de una época en que la humanidad descubre con susto las potencialidades autodestructoras de las heridas que ella misma se inflige.

Contrariamente a lo que se imagina a menudo, la presencia del alambre de púas en el cine no se indica solamente en las películas que evocan los tiempos fuertes de su expansión: el wéstern (la pradera parcelada), el frente (las trincheras de la Primera Guerra Mundial), el universo concentracionario (los campos nazis). Sus capacidades descriptivas y semánticas, su expresividad, son infinitas en la pantalla: *Baby Doll* (1956), la obra maestra de Elia Kazan, versión de una obra de Tennessee Williams, ha hecho por ejemplo un uso virtuoso de él. La

cerca de alambre que se mueve y que rodea la casa del amo decrepito, en que Archie Lee, un blanquito del “Deep South” de los EE. UU., vive en compañía de su esposa Baby Doll, tiene una presencia obsesiva, espectral, está en último plano de todas las escenas de exteriores donde se expone, en ese jardín-estercolero, la demolición y la sin salida de los personajes. Ella viene, en dos escenas clave, a interponerse entre la cámara y esos cuerpos, como para significar de la manera más brutal la potencia del mal que ha caído sobre sus existencias: una primera vez cuando Baby Doll, víctima de los avances interesados de Vacarro, el “forastero”, el nuevo rico, huye, distraída, en dirección al taller donde trabaja su marido y es acogida por una bofetada; una segunda vez cuando la ruidosa disputa encolerizada en la baranda de la casa entre el marido loco de celos y su mujer es saludada en cuchufleta por las mofas alegres de una banda de obreros agrícolas que pasan por el camino a lo largo de la cerca de alambre de púas: “¡quedaos del otro lado de la barrera!”, grita furioso Archie Lee, mientras que continúa la zambra. El alambre aquí es mucho más que un dispositivo de interposición y accede a una especie de potencia metafísica, significa todo lo que separa a los seres, los levanta a los unos contra los otros, es el conductor de la malignidad que mina cada una de las existencias que acá entrechocan...

Esta aptitud para investir la dimensión simbólica, para imponerse como el foco de un relato sin fin y proliferante, la encuentra el alambre de púas en esa característica que le pertenece propiamente: en tanto que medio de operar particiones y separaciones vivas, repartos imperiosos, expropiaciones sin réplica, él es, por una parte, un dispositivo de una materialidad intrínsecamente violenta; no se contenta con jalonar el espacio, con construirlo como territorio; es verdaderamente el intermediario de toda suerte de operaciones de apropiación, de posesión, de cierre o de exclusión que renuevan de manera radical el gesto inmemorial de la apropiación de un espacio terrestre o de la afirmación de una soberanía sobre él; es la traza o la prolongación material del gesto que significa no solamente el establecimiento de una propiedad o de una prohibición de entrada, sino que lo hace de un modo que es hostil y amenazador desde el comienzo; quien lo toca se pincha... Sin embargo, por otra parte, esta temible materialidad de las púas va a la par con una especie de disposición natural a la abstracción, a la estilización; una doble o triple línea horizontal estriada de algunas púas, y tenemos el dibujo de un alambre esbozado sin equívocos... Razac insiste en ello, con toda razón; el primer secreto del alambre de púas es el de solo ser un hilo; su simplicidad pues, que es la conjugación de su principio “económico” y de su eficiencia. Ese trazo va a contribuir de manera decisiva a volver este dispositivo disponible para una infinidad de “juegos de lenguaje” que consisten en hacer del significado un cuasi-significante; estilizado, emblematizado, el alambre de púas se vuelve una especie de ideograma, más que un pictograma en todo caso, a tal punto sus potencias simbólicas se imponen

sobre el valor puramente deíctico; lejos de contentarse con mostrar o señalar, el alambre representado (fotografiado, dibujado, pintado, estilizado hasta el infinito...) es una especie de imagen-concepto con múltiples cargas. No dice, como un aviso en la carretera, "atención ¡alambre de púas!"; él condensa traumas históricos, exhorta a la piedad, a la vigilancia, cristaliza la memoria...

Es precisamente su formidable capacidad de convocatoria y de concentración de figuras y secuencias muy diferentes, heterogéneas incluso, de lo sublime negativo (lo *aterrorizador* y lo *desastroso* "indecibles") en la modernidad occidental, la que le permite al alambre *hacer época*: exterminio de los indios en Norteamérica, muertos en masa en las trincheras de la Gran Guerra, campos nazis (y otros) en el curso de la Segunda... Todo ocurre como si, en su capacidad para *desgarrar el espacio, herir el paisaje*, de conjugar los gestos de exclusión y de encierro, el alambre de púas se hubiese encontrado investido de la carga para designar –de modo subliminal, infralingüístico, y claramente más allá de la alegoría– el secreto, lo inconfesable de la época; es decir, bien concretamente, la conjunción, en las formas de poder moderno, en los dispositivos generales del gobierno del viviente, de la promoción de la vida y de su destrucción. Para que vivan los rebaños, se necesitó que murieran las civilizaciones indígenas, exterminar los bisontes. Para que se forme y se identifique el cuerpo nacional, se requirió que los Estados europeos se enfrentasen en una guerra sangrienta. Para que viva y prospere la "raza de los señores", es preciso que perezcan las especies designadas como inferiores e indignas de vivir. En cada una de estas secuencias, le correspondió al alambre de púas actuar, a la vez, como operador de esta indistinción funesta entre el "hacer vivir" y el "dejar morir", y como su emblema. A este título, dice Razac, él manifiesta y actualiza el advenimiento de un nuevo régimen de la violencia, propia de esta modernidad; no ya la que se concentra en explosiones de brutalidad destructora, de salvajada que estupefacta y aflige, sino más bien una violencia que consiste en una serie de *operaciones* virtuales o actuales, en todo caso siempre posibles: delimitar, separar, aislar, encerrar, excluir, rechazar, impedir, prohibir, disuadir, etc. Las potencias infinitas del alambre de púas se manifiestan en su disponibilidad prácticamente sin límites con miras a su asociación con los objetos, figuras, dispositivos que corresponden a estas operaciones: la frontera, la propiedad privada, el campo, el frente, el *no man's land*, la zona de exclusión, etc. Por esto, su resistencia y su capacidad de regresar más allá de las secuencias de risa en las que se celebra la utopía de su desaparición, de su "superación"; con la caída del Imperio soviético, a comienzos de los años 1990, es el fin de una frontera de alambradas que se anuncia, la que desgarraba a Europa desde el Báltico hasta el Mediterráneo. Centenares de kilómetros de redes de alambradas son desmantelados y la desaparición de esta larga cicatriz que estriaba el continente, se vuelve el símbolo de su unidad reencontrada... El 27 de julio de

1989, el ministro de asuntos extranjeros húngaro Gyula Horn y su homólogo austríaco Alois Mock, posan ante centenares de fotógrafos abriendo una brecha, armados de pesados alicates, en la ex-Cortina de hierro, en Sopron, en territorio húngaro. Veinte años más tarde, con ocasión del aniversario de este acontecimiento, los dirigentes de la Europa comunitaria se reunieron en Budapest con el fin de reanimar la llama simbólica. Y es verdad: desde el instante en que las imágenes de estos dos hombres políticos del Este y del Oeste cortaban esos alambres de púas le dieron la vuelta al mundo, lo que estuvo en juego no era solamente la Cortina de Hierro, sino también el muro de Berlín, y para rematar, la potencia soviética y sus dependencias en Europa del Este... Esto es lo que le confiere retrospectivamente al simple gesto que interviene la frontera alambrada que separa Hungría de Austria el estatuto de prodigio debido a la varita mágica; este acto va directamente a encadenarse con la “reunificación” de la Europa que andaba cortada en dos desde comienzos de la guerra fría, si no lo estaba ya desde la derrota de la Alemania nazi. “El hecho mismo de practicar una agujero en esa red alambrada ha sido un símbolo inmediato que ayudó al mundo a comprender lo que estaba ocurriendo aquí, en el centro de Europa”, recuerda el presidente de una Hungría que ya hace parte de la Unión Europea, con ocasión de las ceremonias del vigésimo aniversario de ese acontecimiento que difícilmente se puede evitar calificar de “histórico”...

Pero breve será el porvenir de la ilusión; a medida que se fueron proclamando las nuevas independencias, que hacen su aparición nuevos Estados, el alambre de púas comienza un nuevo período. El fenómeno no era solamente europeo, es mundial, y las políticas de seguridad de los Estados que se consideran amenazados por el flujo de la “inmigración salvaje” hacen el resto. En vez de encontrar el alambre de púas en las canecas de basura de la historia de la “primera modernidad”, de la apropiación “capitalística” de las tierras y de las competencias entre los Estados-nación, él prospera y se perfecciona; y ahora ya lo tenemos por todas partes por donde se multiplican los focos de tensión y las líneas de separación entre el “Norte” y el “Sur”, entre potencias hostiles, entre Estados minados por los conflictos intercomunitarios y religiosos, etc.; entre las últimas noticias nos enteramos de una clausura de púas de 310 kilómetros que acaba de ser instalada en la frontera de la India y Bangladesh...

Un poco por todas partes en el mundo, el alambre tradicional, con sus púas que se enmohecen con el tiempo y su pátina de herrumbre, se ha visto reemplazado por un hilo inoxidable y desplegado en rollos compactos, equipado de láminas cortantes como cuchillas. El primero, aquel del que nuestros vestidos desgarrados conservaban la memoria al hilo de nuestras escapadas infantiles por los prados y los campos de nuestras campiñas, terminaron por entrar al paisaje de nuestros labrantíos; se fue domesticando suavemente a la medida de nuestras deambulaciones despreocupadas a lo largo de praderas y de campos;

los postes que sostienen su alineación se adornan todavía, aquí y allá, con las balizas que jalonan los senderos de gran caminata; poético desvío...

Su temible competidor estadounidense no autoriza tales acomodamientos; incluso cuando él lo único que hace es separar un campus universitario de una calle que pasa a su lado, vehicula sin remedio algo como una atmósfera de velatorio de armas, de estado de sitio, de guerra de los mundos... Tengo en mi memoria el vivo recuerdo de mi primer "encuentro" con ese temible aparato de disuasión; fue a fines de 1999, en Kósovo, en la ciudad de Prizren, poco tiempo después de la intervención de la OTAN que había obligado a las tropas de Belgrado a abandonar esa provincia en su mayoría poblada de albaneses; la situación era tensa en esta ciudad en la que, algunas semanas antes, grupos incontrolados habían incendiado casas en el barrio habitado por la minoría serbia y habían tratado de apoderarse de una iglesia ortodoxa de gran valor patrimonial; por esta razón, el contingente local de la KFOR la había rodeado de una densa red de esos alambres último berrido, flamantemente nuevos. Escuchando las explicaciones del guía que nos acompañaba por aquellos lugares de purificación étnica, pasé distraídamente un dedo por una de aquellas asperezas en forma de hacha de lictor... y la retiré inmediatamente; una gota de sangre asomaba ya y me administraba una dolorosa demostración de la eficacia del material provisto por la máquina de pacificación "occidental"...

Esta persistencia del alambre de púas, a pesar del desarrollo incesante de las tecnologías nuevas destinadas a efectuar de manera furtiva, invisible, automática, toda suerte de operaciones de separación, de repartición, de selección, de detección, de señalamiento, de identificación (videovigilancia, dispositivos biométricos, chips electrónicos...), recusa todo enfoque simplista de los dispositivos de poder y de encuadramiento del viviente. Es verdad que en numerosas circunstancias, el alambre de púas, en tanto que dispositivo de detención y de separación, ha demostrado sus límites; recordemos que una de las razones por las que las autoridades húngaras se decidieron a desmantelar la parte de la Cortina de hierro que les incumbía fue que el mantenimiento de ella se había vuelto insostenible; cuenta la pequeña historia que los guardias de frontera habían llegado al límite moviéndose con ocasión de innumerables falsas alertas que se disparaban por el franqueamiento de la clausura electrificada (por el paso de todo tipo de animalitos!

Por lo mismo, no se pasa de una "edad de oro" del alambre de púas –que sería el de las disciplinas– a una época del panóptico electrónico –que sería el de la "sociedad de control"–. Más bien nuestra actualidad está hecha de la *combinación* de aparatos y de tecnologías muy diversas, cuya disposición compone mecanismos de seguridad cuya propiedad es funcionar de un modo no puntual sino continuo. Como lo señala precisamente Razac, el alambre de púas y la vi-

deovigilancia, o el control electrónico, lejos de oponerse, tienen que ver con una misma genealogía, en tanto que el primero inaugura (por ser “un muro virtualizado”) el tiempo de la borradura material de los dispositivos de separación y de encierro. A este título, lejos de ser aquel “arcaico” al que vendría a suplantarse el último grito de la moda tecnológica, él viene a combinarse –en torno al objeto “frontera” por ejemplo– con toda suerte de otros medios: patrullajes móviles, brigadas caninas de detección de estupefacientes, controles térmicos destinados a detectar los pasajeros clandestinos ocultos en los camiones, pasaportes biométricos, vigilancia aérea, etc. No es aquí donde el grado de sofisticación tecnológica llegue a zanjar, sino la complementariedad de medios de detección, de control, de interceptación; y desde este punto de vista el alambre de púas continúa jugando su papel en tanto que medio de disuasión y dispositivo de detención, como se lo ve, por ejemplo, en los enclaves españoles de Ceuta y de Melilla, que se han vuelto tristemente célebres por su triple clausura destinada a rechazar a los “invasores”, los arriesga-todo venidos del sur subsahariano.

En todas las latitudes, por todas partes donde se conserva la memoria de las batallas sangrientas, de los lugares de asedio, de los bloqueos, de las particiones que han escandido la historia del siglo XX, el alambre de púas está llamado a cumplir la función de *astilla del recuerdo*. Se vuelve, en Verdún, en Berlín, en Buchenwald como en Drancy, el elemento paradójico de un patrimonio; adquiere, herrumbroso, red desplegado, escenificado, un valor de ancianidad “museal” frecuentemente dudoso y previsible; se vuelve el intermediario indispensable para una dramatización memorial y conmemorativa. Es lo que bien recientemente aún pude verificar en las islas Kinmen, a algunos cables de la costa china. Kinmen es un importantísimo lugar de la guerra fría, en versión extremo-oriental. Cuando en 1947 el Kuomintang se vio obligado a huir de China continental para replegarse en Taiwán, vencido por las tropas comunistas de Mao Tse Tung, se aferra a esas islas y lo logra, al término de feroces enfrentamientos que conocieron su acmé en 1949. Posteriormente, esas islas, transformadas en campo fortificado, se volvieron en Asia el punto más avanzado de la “línea de frente” que separaba el mundo comunista de la zona de influencia de los EE. UU. Durante veinte años, día de por medio, cada día impar, la artillería del régimen comunista bombardeaba Kinmen, transformada en fortaleza en manos de las tropas nacionalistas, y de la que la población había sido evacuada en gran medida... Durante ese período, 970.000 obuses han saturado esa zona de 140 kilómetros cuadrados. Pueblos enteros han sido destruidos y los paisajes conservan, como en la región de Verdun, la impronta indeleble de ese diluvio de acero.

Y luego, al final de la Guerra Fría, las tensiones se apaciguan progresivamente entre las dos chinas; se calla el estrépito de las armas... Pero ¿qué hacer con esos sitios transformados en búnker, en muro del estrecho de Taiwán, de los que sectores enteros habían sido minados, y en los que la población autóct-

tona vivía en primer lugar de la omnipresencia de los militares? Entonces a comienzos de los años 1990 se les ocurre a las élites políticas de Taipei la idea bastante incongruente de una reconversión masiva de la economía de guerra en economía turística: se abrirán moteles; fortines, casamatas y túneles fueron reconvertidos en memoriales, en museos; lo que de la arquitectura tradicional había escapado a las destrucciones fue prontamente renovado y elevado al rango de patrimonio local; un vuelo aéreo cotidiano se abrió entre la capital formosana y el pequeño aeropuerto de Kinmen... A cada paso que da en este decorado de los más improbables, donde las publicidades que ofrecen el licor de sorgo local están al lado de una estatuaría guerrera que conmemora el sacrificio de los héroes caídos en el combate, el visitante alucinado encuentra el alambre de púas en una extraña concatenación del pasado y del presente, del memorial y de lo actual; allá donde tal reducto guardaba la entrada de un puerto, se encuentra reconvertido en terreno de aventura destinado a los niños que exploran afiebradamente sus subterráneos, o los turistas posan para la foto delante de las densas redes erizadas, brillando al sol, con las que "se adornan" las troneras y el glacis del fortín... Pero también allá donde mata el tiempo en una playa de arena dorada, ve cómo le atraen la atención una serie de avisos rojos triangulares, suspendidos a una línea de alambre de púas y portadores de la indicación disuasiva: "¡Atención! ¡Minas!" Un poco más lejos, instalado en una garita, para nada "museal" esta vez, un militar observa a los intrusos con sus prismáticos... En suma, la guerra nunca ha terminado, y el alambre de púas, en su doble empleo conmemorativo y monitorio, manifiesta, una vez más, su capacidad de adaptación a las condiciones más variables.

De esta visita a esos lugares extraños, captados por el turismo de guerra, el visitante traerá uno de esos cuchillos de cocina de excelente calidad que los habitantes de las islas han aprendido a confeccionar a partir del material del que disponen, por excelencia, sin límite: los obuses no explotados recuperados, día tras día, en sus campos y sus arrozales. Un reciclaje expediente del "depósito" de la guerra de los mundos suspendida, y que se asocia fácilmente al pequeño comercio de los vestigios de la Cortina de Hierro, que prosperara, a comienzos de los años 1990 en los márgenes de la antigua línea de demarcación entre el Este y el Oeste. El pedazo de alambre de púas de algunos centímetros se llevaba entonces en el ojal, como un emblema, como un trofeo, como un grillo...

En mi adolescencia descubrí a Berlín, un año después de la construcción del Muro. Mi "corresponsal", conocido el año anterior en una pasantía lingüística, no hacía ningún esfuerzo para iniciarme en los horrores de la "barbarie comunista", conduciéndome, al hilo de nuestros paseos en bicicleta, por los lugares más importantes de la desgarradura que desfiguraba la ciudad: Bernauer Strasse, punto de chequeo Charlie, Brandenburger Tor... Un folleto estaba exhibido al frente de todos los kioscos del sector occidental de la ciudad, dramáticamente

titulado: “*Berlin zerrissen durch Mauer und Stacheldraht*”, un título de ricas sonoridades, casi un verso (“Berlín, desgarrada por el Muro y el alambre de púas”). Un folleto cuyas páginas ilustradas con fotos patéticas recuerdo haber hojeado; fugitivos que corrían perdidamente en dirección al “mundo libre”, zigzagueando a través de las redes de alambre de púas, bajo la amenaza de las metrallas de los Vopos; ventanas de inmuebles obturadas por los cantos de relleno; calles transformadas en callejones sin salida por espesas grisallas... Un folleto de propaganda ejemplar, y que siento amargamente haber perdido al hilo de mis peregrinaciones posteriores...

De esta manera, para una persona de mi generación, agarrada por el *maelstrom* de la historia de los desastres y de las tempestades del día siguiente a la Segunda Guerra Mundial, el alambre de púas se volvió –a la manera de la famosa “máquina” de *la Colonia penitenciaria*– el medio inflexible por el cual esta historia graba su ley y sus condiciones en nuestra memoria, nuestro imaginario, como ella lo ha inscrito, y continúa haciéndolo, para otros, mucho menos parcelados, directamente sobre los cuerpos, como la más primitiva, la más inmemorial de las leyes. Henos pues reenviados al apólogo dispensado por Fritz Lang y, en el fondo, tomado de Nietzsche: la potencia infinita del alambre de púas se sostiene en última instancia en su capacidad de reunir la memoria y el dolor, memoria de los Apocalipsis, de los crímenes, memoria de las presunciones más insensatas de nuestra modernidad. La alambrada, incidiendo, inscribe una traza; es uno de los numerosos intermediarios por los que se señala la violencia traumática de la época.

Gracias sean dadas al joven investigador que ha sabido, con este libro, reanudar tan brillantemente con la inspiración de la “genealogía” practicada por Michel Foucault, y que nos ha permitido comprenderla; nuestros sueños y nuestras pesadillas, nuestras fantasmagorías no están solamente pobladas de esperanzas y de remordimientos, de vergüenzas, de recuerdos gloriosos y exaltantes o, al contrario, calamitosos, sino también de todo un baratillo de objetos triviales, de dispositivos y de maquinitas, a la vez familiares y extrañas, que constituyen como el *mobiliario* de nuestro inconsciente. Y es incluso acá donde el alambre de púas encuentra su sitio y despliega todas sus potencias...